

asunto por otro lado, sin dejar este estilo. Establecido el plan, ¿se acabará la guerra de América? ¿No se derramará la sangre de los criollos? ¿No tenemos anglo-americanos con quienes combatir?.... Los gachupines, así como han puesto grillos contra nosotros, que mueran en su defensa. ¿No tratan ahora de que formando todos una masa común, salgamos á morir á manos de los extranjeros? Y para el caso de morir, ¿no es lo mismo á manos de unos que de otros? ¿La devastación del reino no es

1 El Dr. Cos se equivoca atribuyendo las desazones que podrian venir si despreciáramos los auxilios que supuso ofrecian en cambio de sus pretensiones. No hubo nada de esto, como hemos visto. Tenemos otro germen de discordias muy funestas para lo sucesivo, por el tratado de la cesion ó venta de las Floridas que hizo Fernando VII á los Estados-Unidos por el tratado firmado en Washington en 22 de Febrero de 1819, ratificado en Madrid en 24 de Octubre de 1820 con la licencia y bajo la autoridad de las córtes españolas; tratado por el cual cede en pleno dominio y soberanía todos los territorios que le pertenecian al Este del Mississipi, conocidos por el nombre de Floridas oriental y occidental, islas adyacentes, edificios públicos y archivos de ambas provincias.

La línea divisoria entre los Estados-Unidos y Méjico queda fijada por este tratado: las aguas del rio Sabina, desde su embocadura en el Golfo Mejicano hasta el grado 32 de latitud; de allí una línea tirada al Norte hasta donde toque el rio Rojo de Natchitoches, sus aguas asarriba Este ó Oeste hasta el grado 23 longitud de Washington [100 de Lóndres]; de allí otra línea recta al Norte, á topar con la ribera meridional de Arkanzas; las aguas de este rio hasta su origen en el grado 42, y siguiendo este paralelo hasta el mar del Sur. He aquí á Washington con un pié en el Atlántico y otro en el Pacífico, abarcando una extensión de mas de dos mil leguas en línea recta de mar á mar.... Así se ha enajenado el mas bello territorio de la América, y con él á sus habitantes, como se traspasa una horda de cochinos en un mercado á un comprador: así han respetado Fernando y las córtes españolas la sagrada propiedad y derecho de nuestro pueblo; así se ha obrado, al mismo tiempo que se proclamaban los principios mas filantrópicos; y no es esto lo mas, sino que haya recibido este inmenso territorio una nacion cuyo blason es la libertad de los pueblos; no, el mejicano reclamará en todos tiempos esta usurpacion, y acaso ésta será motivo de una guerra. [Esto se escribia en 1823: señal de que no éramos muy tontos.]

Ni Fernando pudo vender ni Washington comprar, y mucho menos en una época en que no habia *aquiescencia* con el gobierno español y sus disposiciones, pues estábamos en lid sangrienta contra este tirano bárbaro y opresor.

de las personas intermedias que lo promueven, del verdadero motivo que lo provocó, y de una multitud de incitantes que comprende sin arbitrio de hablar con nadie que tenga la mas mínima sospecha, ni poder desenvolver infinitas dudas que se ofrecen á cada paso; sin embargo, diré lo que me ocurre digno de la mas seria discusión despues de haber sentado algunos principios incontestables.

En primer lugar, el abrir una negociacion, cualquiera que sea el resultado, no puede menos que ser de mucha utilidad para nuestra causa, la cual se elevará á un grado de concepto mas ventajoso y universal que el que hasta ahora ha tenido, luego que el público vea que aquel mismo gobierno déspota y tirano que no habia querido hablarnos sino con la punta de la espada, encorva ahora su orgullosa cerviz á solicitar las capitulaciones; serán infinitos los comentarios que sobre esto haga el pueblo, al ver que la causa de los americanos no estaba tan desesperada como intentaban persuadir nuestros opresores, y discurriendo por principios análogos á su falta de carácter, creerán firmísimamente que la victoria está ya declarada por nosotros, sea por razon de alianza muy vulgarizada de los anglo-americanos, ó porque juzgue que España sucumbió enteramente, ó por otros motivos, y esto era puntualmente lo que la faltaba para rasgar el velo y desplegar los resortes de su energía, enmohecidos con el terror y envueltos entre los temores de fatales resultas.

En segundo lugar, el armisticio ó cesacion de hostilidades nos proporciona arbitrios para nuestras medidas y disposiciones ulteriores, y suficiente tiempo para prepararnos á un nuevo órden de cosas que la combinacion y sucesos de este continente con los de Europa debe producir indefectiblemente dentro de pocos dias.

En tercer lugar, es necesario hacer al virey esta capitulacion, y estrecharlo á aguardar el parecer de todos los señores vocales y de los primeros jefes de la nacion, haciéndoles ver que la suerte de la América no está depositada en las manos de *un solo individuo*, y que aunque nuestro gobierno es naciente, tiene sin embargo cierto órden y alguna sombra de corporacion.

En cuarto lugar, es indispensable publicar estas gestiones, no solo para

1 Así se creyó en aquellos dias, y era de esperar por las ventajas recíprocas que resultarían á estos dos pueblos; mas no hubo el menor auxilio: el particular que lo dió fué por especulacion: fiar en Dios y en nuestros puños. Excelente máxima!

comprometer á Venegas y poner en espectacion á todo el reino, sino principalmente para que la suprema junta pueda sincerar sus operaciones á los ojos de nuestras tropas y de una infinidad de gentes que sospechan de traicion en cualquier movimiento, cuyo objeto ignoran.

Sentados estos principios, para descender á la negociacion debe cuestionarse ante todas cosas si la nacion está en estado de insistir en su primer objeto de independenciam absoluta, por la que se han hecho tantos esfuerzos y derramado tanta sangre, ó si desentendiéndose [de ella debe ceder á los deseos de pacificacion y admitir en parte ó en todo el plan remitido de Méjico con las alteraciones que se juzguen convenientes, quedando la América ligada á España con la misma dependencia que antes por medio del reconocimiento á las cortes, y contentándose con echar los cimientos de una libertad condicionada para el caso de que sucumba la España, dejando vivos los principios de opresion en el despotismo de los europeos. Para lo primero, ténganse presentes estos postulados.

Si en tiempos mas angustiados en que contábamos con poca gente y armas, cuando no teniamos un primer móvil de nuestras operaciones, ni reconociamos un gobierno, se mantuvo fuerte la nacion arrojando al enemigo, ¿podrá en la actualidad sostenerse hasta llevar al cabo sus justas pretensiones en toda su extension?

Si la muerte de España nos afianza sin contradiccion la total independenciam á que aspiramos, ¿será cordura anticiparnos á poner restricciones á nuestra libertad, volviendo á enlazarnos con los europeos por no aguardar un poco de tiempo hasta lograrla á nuestra satisfaccion? Estando para espirar España, ¿no deberemos cooperar á que dé la última boqueada, sustrayéndole todo auxilio de vida con solo mantener la guerra, puesto que sobre sus ruinas se ha de erigir nuestra verdadera felicidad? Teniendo un apoyo vigoroso en la alianza con los anglo-americanos, ¿será prudencia desaprovecharlo?

Por lo que toca á lo segundo, ocurren tambien infinitos problemas que resolver. Aunque los celos y rivalidades han influido en los movimientos del reino, la principal causa ha sido el conocer que desde el trastorno del trono todas las autoridades son arbitrarias é ilegítimas, y por tanto, mientras exista este conocimiento, es inútil el plan para borrar celos y disensiones: lo es tambien para hacer concebir á la nacion la mas íntima confianza de un solo gachupin que permanezca con la menor intervencion en el gobierno, y para calmar las agitaciones del pueblo, que formando la idea que debe de los principales jefes americanos, lejos de suponerlos poseidos

tros intereses, mas que á vuestra fortuna, mas que á vuestros placeres, mas que á vuestras inclinaciones? ¿quereis antes perderlo todo que desagradarle? ¿os negais continuamente á vosotros mismos? ¿vivís de la fe sin hacer caso de todo lo que es percedero? ¿mirais al mundo como enemigo de Dios? ¿llorais los desórdenes de vuestras pasadas costumbres? ¿teneis un corazon penitente, humillado y deshecho bajo de ese exterior mundano? ¿teneis horror á sola la apariencia del mal? ¿huís de las ocasiones? ¿buscais los remedios contra ellas? Este es el punto esencial que tanto nos ponderais; ¿sois fieles en él? No, católicos, solamente las almas entregadas al mundo y á sus placeres, nos están continuamente diciendo que basta entregar el corazon á Dios, y que este es el punto esencial; y consiste en que, como se ve claramente que no dan á Su Majestad el exterior, procuran persuadirse para vivir tranquilos, que los ejercicios exteriores no son necesarios, y que solo atienden al corazon, el que nunca conocemos suficientemente nosotros mismos y acerca del cual podemos muy fácilmente engañarnos.

Pero católicos, el que ya tiene su corazon arreglado y ha entregado sinceramente á Dios su amor y sus afectos, éste no cuida de disputarle las exterioridades y la manifestacion de los movimientos de eterna salud que le inspira. Lo que cuesta trabajo y en lo que consiste la gran dificultad de la virtud, es en el sacrificio del corazon; y así cuando esto ha llegado á conseguirse, todo lo demás nada cuesta, todo se allana, todo es fácil; no teniendo ya las aficiones exteriores raíz alguna en el corazon, se deshacen por sí mismas y no pueden subsistir: todos los dias estamos viendo en el mundo algunas personas que con un corazon aún mundano y desarreglado, hacen obras exteriores de piedad, cumplen con las obligaciones públicas de misericordia y se ejercitan

en algunas obras santas; aun las almas mas mundanas y mas engolfadas en las pasiones, mezclan regularmente con sus placeres y con sus infames flaquezas, algunas obras exteriores de religion y de misericordia para estar tranquilas con una vida absolutamente pecaminosa, ó para minorarse á sí mismas su horror y su infamia; pero no se ve alma alguna que despues de haber entregado sinceramente su corazon á Dios, despues de haber roto los lazos de las pasiones y apartándose de todas las ocasiones de pecado, deje de dar alguna exterior señal de su mudanza, que persevere en las mismas amistades, en las mismas diversiones, en las mismas inutilidades y en el mismo olvido de las cosas santas; que no se advierta en ella alguna distincion en las obligaciones exteriores de la piedad, y que limite toda su conversion á una mudanza quimérica que no se manifiesta, mientras conserva el mismo exterior que antes. ¡Ah! la costaria mucho trabajo el no dar algunas señales exteriores de respeto al Dios que ama y adora; la reprenderia su conciencia de que no sentia en sí fervorosas ansias de honrarle con sus demostraciones; apenas tiene la religion medios y ejercicios suficientes para satisfacer al amor de un corazon fiel. En una palabra, no es difícil el cumplir con algunas obligaciones exteriores de devocion con un corazon aún mundano; pero el corazon que ya es cristiano no puede privarse de estos ejercicios exteriores.

Por otra parte, la misma ley que nos obliga á creer con el corazon, nos manda confesar con la boca y dar señales públicas y patentes de nuestra fe y de nuestra piedad; lo primero, para dar gloria al Señor que es nuestro Dios, y confesar en presencia de todos los hombres que él solo merece nuestras adoraciones y respetos; lo segundo, para no ocultar con una culpable ingratitud los secretos favores que

nos ha dispensado, y animar á todos los testigos de las misericordias que ha usado con nosotros, á que junten sus acciones de gracias con las nuestras; lo tercero, para no retener la verdad con injusticia por una cobardía indigna de la grandeza del Señor á quien servimos é injuriosa á la bondad del Dios que nos ha iluminado; lo cuarto, para edificar á nuestros prójimos y animarlos á la virtud con nuestro ejemplo; lo quinto, para animar á los flacos y confortarlos con nuestra firmeza contra los insensatos discursos del mundo y las públicas burlas que en él se hacen de la virtud; lo sexto, para reparar nuestros escándalos y ser olor de vida, así como antes habiamos sido olor de muerte; lo sétimo, para consolar á los justos y darlos motivo con el espectáculo de nuestra mudanza de vida, para que bendigan las riquezas de la divina misericordia. ¿Qué mas diré? Para confundir á los impíos y á los enemigos de la religion y obligarlos á que confiesen en su interior que aun hay virtud en la tierra.

Este es el fruto de las obras exteriores que teneis por tan inútiles. Los justos de todas las edades han obrado su eterna salud distinguiéndose del mundo por sus costumbres, por sus máximas, por la decencia y modestia de sus adornos, huyendo de las diversiones públicas, ejercitándose con santo fervor en todas las obligaciones exteriores del culto y de la piedad. Vosotros mismos, que parece haceis tan poco caso de estas exterioridades de la virtud, quereis no obstante que se hallen en los siervos de Dios, y luego que los veis imitar las costumbres y proceder del mundo, y que en su exterior no se distinguen de los demás hombres, sois los primeros que censurais su devocion; decís que los canonizan á poca costa, que á ese precio es fácil servir á Dios y ganar el cielo, y que vosotros seriais muy presto

grandes santos si para eso no se necesitara mas, y de este modo os contradecís á vosotros mismos y os confundís por vuestra propia boca.

Pero la falsa sabiduría del mundo opone otro nuevo pretexto á la exterioridad del culto y de la devocion y halla en ella simplicidad y flaqueza; la frecuencia de los sacramentos, la asistencia á la Iglesia, la oracion comun y doméstica, la visita de los lugares de misericordia, el celo por las obras de piedad, la modestia en el vestir, la diaria asistencia á los santos misterios, la santificacion de las fiestas, el respeto á las leyes de la Iglesia, la exactitud en la observancia de algunos santos ejercicios; todo se tiene por religion popular y no se mira como ejercicios dignos del espíritu; quisiéramos una religion que no formase fieles, sino filósofos; solemos decir que estas menudas devociones son buenas para éste ó aquel cuyo talento no alcanza mas, y nos parece que honramos nuestra capacidad con despreciar la misma religion.

Pero, amados oyentes míos, ¿os parece á los que hablais de este modo que el desorden de vuestras costumbres y la bajeza de vuestras pasiones no están desmintiendo esa ponderada elevacion de espíritu que os hace mirar los ejercicios exteriores de la piedad como propios de las almas flacas y vulgares? En esto sí que debiérais preciaros de talento, de elevacion, de valor y de grandeza de alma. Yo hallo en vosotros todos los defectos de las almas mas indignas y viles; os veo soberbios con escándalo, vengativos con furor, vanos con puerilidad, envidiosos con bajeza y sensuales con disolucion; veo en vosotros una alma de vil barro que se deja arrastrar de un deleite, abatir de una aficion, corromper de un vil interés, llevar de un vislumbre de prosperidad, y á la que solamente guia el instinto de los senti-

dos como á los irracionales; nada veo en vosotros que sea grande, nada que sea sublime, nada que sea digno de la fuerza y grandeza de la razon; y así, está muy mal en vosotros el decirnos que las menudencias de la devocion exterior se deben dejar para los espíritus débiles y para las almas vulgares.

La verdadera fuerza y la única elevacion del espíritu y del corazon, consiste, católicos, en dominar las pasiones, en no ser esclavos de los sentidos ni de los deseos, en no dejarse gobernar por los antojos del génio y por las inconstancias de la imaginacion, en ahogar un pesar y una secreta envidia, en ser superior á los acontecimientos y á las desgracias; en esto consiste el tener una alma grande y un talento superior y elevado; esto es lo que precisamente se halla en los justos á quienes tanto despreciais, teniéndolos por espíritus cobardes y vulgares. Estos justos son unas almas valerosas que perdonan las mas sensibles injurias, que ruegan por los que los calumnian y persiguen, que no sienten los movimientos de las pasiones sino para tener mas mérito en reprimirlas, que no se dejan corromper de un vil interés, que no saben sacrificar la obligacion, la verdad ni la conciencia á la fortuna, que rompen con valor los mas tiernos y amorosos lazos luego que la fe los manifiesta el peligro, que se privan de los mas inocentes placeres, que se portan como héroes contra todo lo que tiene apariencia de mal; pero en punto de religion son sencillos, humildes, dóciles y se precian de su docilidad y de la simpleza que se les atribuye; son prudentes en el mal y sencillos en el bien: vosotros, al contrario, cuando se trata de moderar vuestras pasiones sois mas cobardes que las almas mas viles y vulgares; vuestro entendimiento, vuestra elevacion, la fuerza de vuestro espíritu, vuestra filosofía tan ponderada,

todo os abandona; sois un niño, juguete de las mas indignas y pueriles pasiones; sois una débil caña á la que el viento mueve á todas partes; pero en las obligaciones de la religion os preciais de singularidad, de elevacion y de fuerza. Esto es, quereis ser fuertes contra Dios y sois cobardes con vosotros mismos.

Además de esto, mirais las santas costumbres tan respetables por la fe de todos los siglos, por la piedad de todos los justos y por las reglas de la religion, como ejercicios populares y poco convenientes para unos hombres como vosotros. ¿Pero qué se halla en vuestras mas grandes y mas serias ocupaciones segun el mundo, que sea mas digno del hombre y del cristiano, que los mas populares ejercicios de la piedad, cumplidos con espíritu de fe y de religion? ¿acaso los cuidados de la fortuna? ¿aquellas ruindades que haceis para conseguir lo que deseais, á pesar de vuestra soberbia, que interiormente se avergüenza? ¿aquellas vilezas para destruir al competidor y elevaros sobre sus ruinas? ¿aquel continuo arte de fingir, sin ser jamás lo que pareceis? ¿aquel pueril teatro donde teneis precision de representar un personaje fingido? ¿aquellas condescendencias y aquellas adulaciones indignas á unos jefes y á unos protectores á quienes teneis por merecedores del mayor desprecio? Esto es lo mas excelente de la vida de la corte. Ahora bien: en este estado ¿vivís satisfechos de vosotros mismos, de vuestro talento, de la fuerza y falsa superioridad de vuestro espíritu? ¿os parece esto mas grande y mas serio que los mas familiares ejercicios de una devocion tímida y sencilla? ¡Gran Dios! ¿podrán los amadores del mundo echar en cara á vuestros siervos la bajeza y simplicidad de sus ocupaciones, no siendo su vida mas que una continua sucesion de puerilidades, de ficciones, de flaque-

zas, de perfidias y de indignos ardides á los que han querido poner nombres honoríficos? ¿qué son en vuestra presencia las mas ruidosas empresas de los príncipes y conquistadores, sino las fatigas de una araña, como dice vuestro profeta, que se desvanecen con el mas leve soplo? Las obras mas vulgares de la religion que se dirigen á honraros, ¿no tienen en sí alguna cosa mayor, mas real y mas gloriosa para la criatura, que los reinos del mundo y toda su gloria? Un David danzando delante de vuestra arca santa para solemnizar el feliz dia de su traslacion y confundido entre su pueblo, tributándoos los mas sencillos y vulgares respetos de la piedad, ¿no era mas grande á vuestros ojos que cuando volvia de sus victorias y conquistas? Y la soberbia Michol, que trató su devocion de simplicidad y flaqueza, ¿no quedó cubierta con el oprobio de una perpetua esterilidad? ¿la fe no da estimacion á todo? ¿no es grande todo cuanto se hace por vos, pues es digno de la inmortalidad?

Lo que nos engaña, católicos, es que tenemos formada una grande idea del mundo, de sus vanidades, de sus pompas, de sus honores y de sus puestos, y no miramos con los mismos ojos las obligaciones de la religion. Pero una alma fiel, é quien la fe coloca en un punto de elevacion desde donde todo el mundo y sus grandezas no la parecen mas que un átomo, mira todo lo que pasa en la tierra, los grandes sucesos que parece trastornan el mundo, aquellas revoluciones que excitan tan diferentes pasiones entre los hombres, aquellas victorias celebradas por tantas bocas y que mudan la suerte de tantos pueblos, todo esto lo mira como mutaciones de teatro, que solamente admiran y divierten á unos espectadores ociosos y engañados, porque no ven la flaqueza del artificio y la pueril y oculta fuerza que las hace mover, escondiendo el despreciable misterio: mira á los